

## *Ciudadanos sin Partido* *Partidos sin Ciudadanos*

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

**S**I hemos asumido la incongruencia como una manifestación de nuestro ser político en todos los niveles, según lo prueban lamentables instancias recientes, ¿quién ha de extrañarse de que el Partido Popular Socialista, el mismo que luchó contra el Partido Revolucionario Institucional en Nayarit, el mismo que lo acusó de fraude y de violencia, convenga, menos de un mes más tarde, en apoyar al candidato presidencial del propio PRI?

Se conoce de sobra el carácter apéndice del PPS respecto del PRI, aunque algunos de sus integrantes se hacen la ilusión de formar "el ala izquierda" del partido gubernamental, o siquiera del "gran frente nacional revolucionario" que suponen forman, como si las sucursales fueran algo más que extensiones operativas de la casa matriz.

Variando, por no dejar, los modos en que lo ha hecho, el PPS ha ido a remolque del PRI desde 1958, en lo que concierne a la candidatura presidencial. A manera de confirmación del acierto revolucionario del PRI, que siempre ha dado con "el mejor hombre", el PPS se ha sumado, sumiso, a las postulaciones de Adolfo López Mateos, Gustavo Díaz Ordaz y Luis Echeverría antes que a la de José López Portillo.

Con esa actitud, el PPS no cumple ni siquiera con los propósitos escenográficos que se le confirieron tiempo después de su creación: no sirve para representar una verdadera opción a la izquierda, porque se trata de un partido ficticio, que sólo ha podido reunir el número de votantes que indique su peso político, ayudado por la explosión demográfica y la disminución en la edad límite para sufragar, todo lo cual se ha reflejado en un incremento de la clientela electoral, algo del cual aumento toca por fuerza al Partido Popular Socialista.

**P**OR su parte, Acción Nacional no sólo no consigue dirimir sus querellas interiores, sino que éstas se enconan. La renuncia de Efraín González Morfín y de José Angel Conchello manifiesta que el distanciamiento entre lo que cada uno representa puede ser bastante para causar parálisis electoral en el PAN. Y para un partido que todo lo remite a las elecciones, tal pasmo sería mortal.

En cambio, el Partido Comunista Mexicano ha decidido lanzar su propio candidato. En 1929, 1934, 1958 y 1964 lo hizo también —cito, por desgracia, de memoria— en las personas de Pedro Rodríguez Triana, Hernán Laborde, Miguel Mendoza López y Ramón Danzós Palomino. Ahora, el aspirante comunista es Valentín Campa, el viejo luchador obrero, víctima frecuente de la creencia gubernamental de que la disensión política es delito y huésped frecuente por tanto, y en largas temporadas, de las mazmorras oficiales.

Habría que preguntarse si ha hecho bien el Partido Comunista en lanzar candidato, no obstante que carece de registro, y si ha hecho bien en postular precisamente a Campa. A la primera cuestión puede responderse, me parece, afirmativamente: con una campaña electoral debe defenderse el derecho de realizar una campaña electoral. Nadie confía en exceso en la eficacia del veto. Pero una promoción electoral deja sin duda un sedimento de conciencia que importa.

Me parece, en cambio, que ha de contestarse negativamente a la segunda pregunta. Es necesaria, y así había quedado claro en apariencia, una vinculación del PC con otros grupos significados de la izquierda. La lógica política impone que esa vinculación se prolongue a la campaña electoral. ¿Se evaluó suficientemente si Campa sería la figura capaz de aglutinar las fuerzas de la izquierda, que acaso probaran no ser tan exiguas? ¿No se ha anulado, en cambio, esa posibilidad? No faltan a Campa méritos personales. Carece, tal vez, de la aceptación generalizada y de la flexibilidad para entender los términos en que ha de librarse hoy la batalla política.